



ANGÉLICA L. COTA

NUEVO
TALENTO
CROSSBOOKS

UNA
MUJER
SIN
CORAZÓN

CROSS
BOOKS

ANGÉLICA L. COTA

**UNA
MUJER
SIN
CORAZÓN**

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Angélica L. Cota, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Canciones del interior:

Pág. 366: *La mujer cactus y el hombre globo* © Warner Music Spain, S. L., 2021. Compuesta por David Martínez Álvarez / Francisco Salazar Jimenez / Pedro Germán Quimaso Sevillano e interpretada por Rayden.

Primera edición: julio de 2024
ISBN: 978-84-08-29008-7
Depósito legal: B. 11.041-2024
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Sobre cómo un baño apestoso, un extraño repulsivo y un caballero sobrio son demasiada mala suerte para una noche

Problem

NATALIA KILLS

El día que nací, a mamá le rompieron el corazón, su esposo decidió que tener dos hijos era demasiado para él y que yo no encajaba en sus planes. Cuando ella regresó del hospital con un bebé en brazos y un niño de seis años cogido de la mano, descubrió que él se había largado llevándose toda su ropa y también todos los sueños que habían compartido. Apenas nací yo, supo que no podría amarme, pero no solo él no pudo hacerlo, ninguno de los hombres que aparecieron en mi vida lo hizo. Era una maldición: nadie nunca me querría.

Entra él primero al baño de hombres y yo lo sigo entre risas. Puede que no sea muy guapo, pero parece atrevido, y me gustan los hombres atrevidos. Significa que están acostumbrados a citas de una noche y no llamar al día siguiente. Yo

quiero eso. Buen sexo sin obligaciones ni un desayuno desabrido por la mañana.

Me besa contra la puerta de uno de los cubículos individuales. El lugar es asqueroso y huele fatal, pero no importa, solo quiero tachar este baño de mi lista de lugares pendientes para follar. Los treinta están a la vuelta de la esquina, dentro de cuatro años, y no puedo desperdiciar el tiempo.

El sujeto, a quien estoy segura de no haberle preguntado el nombre, me succiona el lóbulo de la oreja. Apesta a alcohol, pero estoy acostumbrada al olor rancio del sudor y la bebida, que solo huele a eso está bien. Intento sujetarme agarrándome a sus hombros, pero él me coge ambas muñecas con las manos. Su boca va de mi cuello a mi boca, su lengua se abre paso a la fuerza, provocándome de todo menos placer. Deja su saliva alrededor de mis labios. Intento retroceder, pero mi cabeza ya está contra la puerta. Me muevo lo suficiente para romper el beso.

Tiene un feo tatuaje entre el cuello y el hombro derecho, parece una lagartija o una iguana hambrienta, un trabajo pésimo. Pero no importa porque en poco tiempo no volveré a verlo.

—Quédate quieta —dice besando mi garganta, y desciende a mi escote.

—Aquí mejor no. —Intento soltarme en vano. No es bueno besando, aquí apesta a orines, y él, a cerveza. Toda mi diversión y excitación previa se han desvanecido.

—Va a gustarte —insiste mientras lleva mis brazos por encima de mi cabeza, esposándome con sus manos contra la puerta. Intento romper su agarre, pero solo consigo que presione mis muñecas y que los codos se golpeen contra el metal de la puerta.

—He dicho que no —repito con voz clara y cortante.

—Nena, eso dicen siempre. —Sonríe como un imbécil que se cree un galán de cine.

—No. Te lo estoy diciendo ahora. —Mi falta de excitación aumenta mi enfado.

—Dame un minuto y te haré cambiar de parecer.

Vuelve a meterme la lengua en la boca, me sujeta las muñecas con una sola mano mientras con la otra busca debajo de mi vestido. Me remuevo entre su cuerpo y la puerta alejándome de su roce.

—Eres una niña mala, ¿eh?

Sacudo la cabeza hasta liberar mi boca de él.

—Déjame.

Pero parece no entender lo que digo o solo ignora mis quejas. Maldito hijo de puta. Mantengo los ojos abiertos para mostrarle mi desagrado, pero él los tiene cerrados como si hubiese algo que disfrutar. Vuelve a besarme, me muerde la lengua en el proceso, su mano libre deja el borde de mi falda y sube sobre la tela hacia mi cuerpo, le da un duro apretón a mi pecho y va hacia el cuello. Pone su mano alrededor de mi garganta como si pretendiera asfixiarme para provocarme placer, cuando en realidad está lastimándome.

—Esto les gusta a todas.

A ninguna.

Forcejeo con él, pero está tan idiotizado creyendo que está dentro de algún libro de sadomasoquismo, y que además lo hace bien, que ignora por completo mis quejas bajo su mano.

Lo siguiente que noto es que alguien lo está separando con brusquedad de mí. Tropezó y apenas se mantiene de pie ante el empujón que recibe. Y entonces mis ojos se encuentran con los suyos.

Reconocería esos ojos donde fuera. Brillantes y oscuros, miran de manera asesina al imbécil que me ha quitado de encima. Acaricio mis muñecas para aliviar el dolor.

—Largo de aquí —ordena Lucas con voz enfurecida.

El idiota ni siquiera se lo piensa cuando sale a tropezones del baño. Me limpio la cara con un poco de agua esperando que eso sea suficiente para quitarme el susto de encima y restriego las manos contra mis muslos con brusquedad para quitarme los rastros de ese...

—¿Qué crees que haces, Clare?

Respiro hondo antes de enfrentarlo a través del espejo.

—No me hables como si fueras Leonardo.

—No te hablo como tu hermano —responde, y para demostrar su enfado se cruza de brazos.

—Estaba divirtiéndome —respondo a su reflejo.

—No lo parecía. —Bueno, él tampoco lo parece con esa mueca de enojo.

—Pues no, porque ese idiota resultó ser un cerdo, pero lo tenía resuelto.

—Por supuesto que no —me contradice, más enojado si es posible.

—Lucas, hoy no estoy de humor.

Me iré a casa sin sexo. Eso no puede poner de buen humor a nadie.

—Salgamos de aquí.

No me da opción de protestar. Así que lo sigo, aunque sé que mis problemas acaban de empezar.

2

Sobre cómo don perfecto y señorita imperfecciones eran un dúo imposible

Joke's On You

CHARLOTTE LAWRENCE

Esa noche cumplí quince años, estaba despierta y llorando de madrugada en mi habitación por un primer amor no correspondido.

Esa tarde le había confesado mis sentimientos al tarado del que estaba enamorada desde pequeña; a cambio recibí un cortante no; una sentencia injusta: nunca, jamás, y un premio de consolación: amistad.

Pudo ser peor, me dije, pude haberme ido con las manos vacías. Seguir siendo amigos debía de ser tan valioso como ser correspondida, aunque no lo era, por supuesto que no. La amistad no puede ser mejor al amor, o eso creía por aquel entonces. Porque más tarde y con una larga lista de idiotas, comprendí que el amor era una ilusión y la amistad, lo real.

Lucas es... ¿cómo podría describirlo? Es infantil. No. Es ingenuo. Cree en una serie de tonterías y cursilerías imposibles. Seguramente él fue quien convenció a Leonardo,

mi hermano mayor, para que hiciera la ridícula propuesta de matrimonio. Podría apostar todas mis zapatillas a que Lucas lo ayudó a elegir el anillo de compromiso y lo llenó de ideas para esa propuesta cursi con fuegos artificiales. Sé lo que estás pensando: ¿quién diablos celebraría con fuegos artificiales? Lucas lo haría y, por lo tanto, Leonardo lo hizo.

Aunque, en realidad, tal vez Leonardo es tan cursi como Lucas y no hay remedio para ninguno de los dos, no se llega a esa edad con todas esas absurdas y ridículas ideas para que alguien les haga cambiar de parecer. Están jodidos, aunque ninguno de los dos quiera darse por enterado.

Por ejemplo, Leonardo cree que Daiana, su prometida, es su gran amor, aunque el único amor posible entre Leonardo y ella es la cartera de él. Pero la chica es una maldita diosa y debe de serlo también en el sexo, solo eso puede explicar lo idiotizado que tiene a mi hermano. Porque eso hace el amor, o la idea del amor, en las personas. Y tal vez a mi hermano va a costarle tarde o temprano un divorcio descubrirlo.

Pero, entonces, ¿por qué estoy tan molesta con Lucas?

No estoy enojada con Leonardo por ser un romántico empedernido. No. Estoy molesta con Lucas. ¿Por qué?

Porque es soltero y atractivo y podría tener mucho más, pero a él le encanta el sufrimiento y las relaciones estables que son solo una pérdida de tiempo y de autoestima. Él representa todo lo que yo evito. Y además cree que tiene la razón, puedo leerlo en su expresión cuando me mira alzando una ceja como preguntándose: «¿Y a ti por qué te gusta meterte en tantos problemas con idiotas?».

Porque soy así. Porque, si no fueran idiotas, la única idiotizada sería yo. No me creo inmune al amor, pero creo que soy una profesional en evadirlo. No como don Perfecto que atrae el romance sin siquiera esforzarse ni eludirlo. Es como si Lu-

cas saliera a la calle cada mañana y se preguntara: ¿de quién me enamoro hoy?

Y, por supuesto, no han de faltar mujeres que se enamoren de él. Sin embargo, por alguna razón sigue soltero. No es un tipo de una noche, a él le gusta meterse de lleno en el romance. Su relación más corta duró medio año. Sigue empeñado en encontrar a su futura esposa. Como si no estuviéramos todos destinados a divorciarnos.

—¿Qué quieres? —pregunta, y estoy a punto de soltarle un «que te pierdas». Pero no quiere saber qué quiero que pase, sino qué quiero tomar. Solo Lucas puede conocer una heladería abierta a estas horas de la noche.

—Un helado de fresa —contesto.

—Que sean dos.

No es que pensara que Lucas iba a llevarme a un motel después de salir del bar, pero tampoco esperaba que me trajera a un lugar tan ñoño como este. Cualquier atisbo de alcohol se evaporó en cuanto pisamos este local con decoración de arcoíris.

Miro el resto de las sillas vacías, por supuesto; somos los únicos que vendrían a esta hora a un lugar como este.

—¿Seguro que estás bien?

Asiento, e involuntariamente la mano me va a mi muñeca izquierda, como si aún pudiera sentir el agarre de ese imbécil. Los ojos de Lucas se oscurecen cuando siguen el movimiento de mis manos, dejo de moverme y bajo las manos a mi regazo.

—Está todo bien.

—Clare, ¿por qué sales con esos capullos?

—Solo me divierto, no salgo con ellos.

Sus ojos se mueven en círculo antes de centrarse en mí con exasperación.

—¿Alguna vez has pensado que podrías tener más?

¿Más? Niego con la cabeza.

—No quiero más. Solo un polvo de vez en cuando.

Hace una mueca de desagrado.

—¿Y alguna enfermedad de transmisión sexual gratuita?
—Me mira burlón.

—Yo siempre uso condón. No es que sea de tu incumbencia, pero si eso te ahorra tener pesadillas, pues ya lo sabes.

Ignora mi comentario y sigue con su discursito moral:

—Te conozco desde que tenías diez años, y nunca te he visto salir con alguien de verdad.

—Suenas como mi hermano; mira, estoy bien así. Nada de dramas, celos, ni peleas de novios, eso no daba conmigo.

—Parece que estás describiendo el noviazgo de una adolescente.

—Todos los noviazgos son iguales.

—¿Cómo puedes saberlo si nunca has tenido uno? —Una ceja se levanta y tengo que morderme la lengua para no contradecirlo.

Sí que tuve un novio. Lo conocí a los cuatro años, cuando mi madre y Héctor, su pareja en ese momento, se casaron y nos mudamos a la casa de papá. Su nombre era Roberto y tenía la edad de mi hermano, así que ellos dos siempre estuvieron más unidos, pero cuando yo cumplí los dieciséis y él regresó de la universidad a pasar las vacaciones de verano comenzamos a conectar.

Teníamos mucho en común, y yo era una adolescente con las hormonas revolucionadas con un vecino guapo y divertido. Fue la primera vez que Roberto me miró a mí, tal vez porque ya no tenía el cuerpo de una niña, ni las ideas de una niña. Quería más.

Ese verano, Leonardo suspendió así que se quedó en la capital a estudiar. Samuel, otro amigo de mi hermano, también pasaba las vacaciones donde nosotros, como siempre;

Samuel era amable, muy guapo e inteligente, pero mi objeto de interés no era Samuel, sino Roberto, el vecino guapo de ojos verdes y pelo negro revuelto.

Roberto vino a casa cada día durante ese par de meses. Samuel y él no se caían bien, por lo que, mientras Roberto pasaba un rato conmigo, Samuel se mantenía en la habitación de invitados, lo que nos dio mucho tiempo para estar a solas.

Tal vez si me hubiese preguntado por qué uno y no otro... No lo sé, tal vez...

Pero tenía dieciséis años, y toda la atención del chico que me atraía. Un día, mientras nadábamos en la piscina, él se me quedó mirando y me dijo que era muy guapa, la mujer más guapa que había visto en su vida. Me lo creí todo, como una estúpida niña adolescente.

Y, ya que era una novata en el sexo, decidí ir despacio. Roberto aceptó subir cada escalón conmigo. Cada día aprendí cosas diferentes: chupetones, sus manos encima de mi ropa, debajo de la blusa, encima de la ropa interior, debajo de ella, dentro de mí, mi mano encima de su ropa, debajo, mi boca en su miembro, su boca entre mis piernas. Hasta que finalmente decidí que estaba enamorada y que quería acostarme con él.

—No necesito un novio —digo con firmeza, a la vez que regresa la camarera con nuestros helados. Si para eso sirven los noviazgos, es preferible ir directamente al sexo en lugar de permitir a alguien adentrarse en mi alma solo para que me deje tras jurar que me ama.

—Lo que haces es estúpido y peligroso. ¿Qué habría pasado si yo no hubiera aparecido?

No respondo y tomo helado. Lucas se peina el pelo rubio hacia atrás con desesperación, me encojo de hombros y, como es tan perfecto y correcto, sonrío seductora antes de

pasar mi lengua a lo largo de la cucharilla, hasta que consigo toda su atención.

Veo su nuez moverse de arriba a abajo mientras traga saliva; sonrío de forma pícaro porque sus ojos están atentos a mi boca y no hay nada inocente en mis acciones.

—Lo que no entiendo, Lucas, es por qué tú y yo nunca nos hemos acostado.

—Yo sí lo sé.

Miro a la camarera, que finge limpiar la barra muerta de aburrimiento y sin poder cerrar porque tiene todavía dos clientes a altas horas de la noche. Seguramente, Lucas me dirá que no soy su tipo o que me ve como la hermana pequeña de su amigo. Lo miro de nuevo y le sonrío con cinismo.

—Lo sabes, ¿eh?

—Porque, cuando estemos juntos —cuando estemos, no un: si estuviéramos—, voy a ser el último con el que vas a querer estar.

Y yo que llevo toda la vida pensando que Lucas es el atractivo, misterioso y algo *nerd*, amigo de Leonardo...

—No lo creo. Yo no reciclo hombres.

—¿No «reciclas» hombres? —Arruga la frente.

—No me acuesto con nadie más de una vez —aclaro.

—Bueno, eso es porque, como ya he dicho, no lo has hecho conmigo.

Sonríe engreído.

—Lucas, eres una persona que respeto y de verdad me gustas, no quisiera romper tu ego cuando te dieras cuenta de que no vamos a repetir.

—Clare, no quiero romper tu ego de diosa sexual —sonrío ante el apodo—, pero serías tú quien volvería rogando.

Una risa franca le sale de la garganta. Lo que me gusta de él es que siempre toma los insultos con buena cara, es como si jamás pudiera estar de mal humor. Además, es guapísimo,

y en realidad no me importaría tener sexo con él, pero no quiero que después venga suplicando.

—Eres muy guapo —se lo digo—, pero sería muy incómodo si empezaras a buscarme y llamarme para una segunda vez.

—No voy a hacerlo si eso es lo que te preocupa —sueno sincero.

Sonrío.

—Realmente quieres acostarte conmigo, ¿verdad?

—Clare —el tono en el que me habla enciende fibras de mi piel apagadas, miro primero sus ojos y luego sus labios rosados y finos que se abren para mí—, voy a hacer mucho más que eso. Y te darás cuenta entonces de cómo desperdiciaste tu tiempo en esos con los que te acuestas.

—Lucas —me muerdo el labio inferior, divertida y seductora, un par de segundos antes de volver la vista hacia sus ojos y borrar mi sonrisa—, no va a pasar. Yo no repito, nunca, con nadie. Eres el mejor amigo de hermano, pero aun así no va a pasar.

—¿Quieres apostar?

Hay tres cosas que me gustan en la vida: follar, comprar y apostar. Así que su propuesta me resulta imposible de ignorar.

—¿Qué tipo de apuesta? Porque si dices algo como «apostar a que te enamorarás de mí», te juro que me voy.

Se ríe y niega con la cabeza.

—No seas cursi, Clare. Te apuesto a que después de que te... —se acerca estirándose por encima de la mesa para que la camarera no le oiga— folle, vas a volver por mí. Y vas a pedir más. —Aprieto las piernas cuando siento una descarga eléctrica—. Probablemente, pasarás muchas horas preguntándote cómo hacer que vaya tras de ti. —Se acerca aún más, y yo imito su movimiento sin romper el contacto visual con él—.

¿Quién sabe? Tal vez hasta descubres que no tienes ni idea de sexo a pesar de todo lo que crees saber. Vas a pensar en mí. —Toma mi mano, que está encima de la mesa, y desliza lentamente su dedo índice sobre el centro de mi palma; me quedo quieta luchando contra el modo en que ese mero acto envía placer a mi cuerpo—. Vas a tocarte pensando en mí, quizá buscarás a otro hombre por orgullo, pero al final del día vas a volver a mí, porque para entonces me vas a pertenecer de más formas de las que querrás admitir. Te apuesto a que vas a querer repetir conmigo.

—No lo creo. —Mi voz suena suave y baja, pero segura, yo nunca repito, ni siquiera con este increíble, atractivo y de pronto dominante hombre que está aquí ofreciéndome tener el mejor sexo de mi vida.

—Entonces, apuesta.

Respiro despacio mientras una sonrisa va surcando mi rostro.

—Es que no va a pasar, Lucas. Yo no me enamoro, y para que te buscara debería sentir algo más que solo placer.

Vuelve a apoyar la espalda en el respaldo de la silla y pone distancia. Me cruzo de brazos dejando mis codos en la mesa y le sonrío con confianza.

—Entonces no te importará hacerlo y perder —dice.

Estoy lo suficientemente excitada para dejar que lo intente y verle fracasar.

—Bien, vamos a mi casa.

—No, Clare.

—¿A la tuya?

Vuelve a negar con la cabeza, y lo miro confundida.

—Tú ya has tenido sexo ocasional de sobra, ahora lo haremos a mi manera.

—El sexo tántrico no me va —respondo, y él se ríe, lo que consigue que la camarera nos mire con curiosidad.

¡Oh, amiga, si supieras las apuestas que se hacen en esta mesa!

—Quiero tres citas contigo.

—¿Por qué? —El desconcierto es evidente en mi voz.

Se encoje de hombros.

—Para asegurarme de que no tengas una ETS.

—¿Hablas en serio? Me hago un chequeo cada seis meses y... —Se ríe interrumpiendo mi alegato—. ¿Qué?

—No creo que tengas nada, pero juegas con demasiada ventaja, tres citas sin sexo no es repetir.

Lo considero unos segundos. Venga, Lucas y yo hemos salido infinidad de veces a lo largo de estos años. ¿Por qué tres veces más marcarían una diferencia? Me encojo de hombros y asiento.

—De acuerdo, pero si hay globos o flores me retiro, ¿de acuerdo? Solo será sexo, nada de bobadas románticas de por medio.

Sonríe de lado y asiente. Estira su mano por encima de la mesa, invitándome a que lo imite y lo hago.

—Tenemos una apuesta, Clare.

—Espero que disfrutes del mejor sexo de tu vida, porque solo va a pasar una vez —le respondo.

—Te apuesto a que vendrás corriendo tras de mí después de eso. Y ni siquiera te va a importar romper tus reglas.

¡Oh, Lucas!, si tan solo supieras que jamás volveré a cometer el error de encariñarme con nadie y permitir que me hagan daño. Ahora tenemos una apuesta, y en tres citas le demostraré que a mí solo me gusta follar, sin segundas partes ni romances de por medio.

¿O no?